

Homenaje al amor y la firmeza

Rogelio Montesinos
Activista político
La Habana, Cuba

Aquella cálida tarde de diciembre en que los representantes de las instituciones auspiciadoras otorgaron el Premio Tolerancia Plus (2008) a la destacada actriz y pedagoga Elvira Cervera (Las Villas, 1923), se concretaba uno de los más merecidos actos de justicia para con una persona que ha entregado su vida, su talento y energías al magisterio, las artes dramáticas y la lucha por la igualdad y el respeto entre los seres humanos.

Honestidad y firmeza, ternura y determinación sin límites necesitó esta mujer de origen humilde, pero sensibilidad infinita y ahínco a prueba de obstáculos, para recorrer un largo camino plagado de incomprensiones y retos, que no la hicieron cejar en sus convicciones ni en el inmenso amor que imprimió a todo trabajo, proyecto o lucha durante más de seis décadas de incesante batallar.

Enamorada del arte dramático, desde muy joven supo empinarse por sobre enormes dificultades para dejar su impronta profesional en la radio y la televisión, el teatro y el cine. No son muchos los actores que han logrado desenvolverse con maestría y soltura en estos cuatro espacios de expresión dramática, como lo ha hecho Elvira Cervera con la naturalidad y el ángel que la caracterizan.

Doctora en Pedagogía y dirigente eficaz de instancias y proyectos a los cuales llegó siempre por el difícil camino del mérito y la

capacidad probada, Elvira es la maestra que recorrió desde la más humilde escuela rural hasta el más encumbrado escenario docente con el cariño y la dedicación incansable de los elegidos.

Su larga trayectoria profesional, modelo de calidad y dedicación a labores de enorme impacto social, bastaría para reservarle un lugar destacado en la historia cultural del pasado siglo, pero Elvira es mucho más que la actriz de excelencia o la maestra ejemplar: es la mujer de convicciones profundas, que dedicó su vida a luchar de manera frontal y consecuente contra el menosprecio que han sufrido los actores de raza negra y la imagen misma del afrodescendiente cubano en los espacios mediáticos y artísticos.

Además de su desenvolvimiento profesional, Elvira Cervera pasa a la historia por haber sido durante varias décadas la voz más alta, y casi siempre solitaria, del reclamo y la denuncia permanente a favor de los actores negros, así como por ser la más adecuada representación de los afrodescendientes cubanos en las artes dramáticas cubanas.

Varios proyectos e iniciativas impulsó Elvira con el objetivo de promover la justicia y el equilibrio en la formación y participación de actores negros. En su autobiografía *El arte para mí fue un reto*, brinda un testimonio excepcional sobre los desconocimientos, omisiones, rechazos e injusticias que sufrió en

carne propia o piel ajena, tanto en los espacios artísticos comerciales capitalistas y en la radioemisora del viejo partido comunista, como en los estatizados ámbitos culturales post revolucionarios.

Las vivencias y valoraciones de Elvira demuestran que los prejuicios y esquemas retrógrados han impedido que los espacios culturales reflejen de manera nítida y consecuente la plural diversidad inherente a la nación cubana, y trascienden las épocas, los alineamientos políticos y las visiones ideológicas para instalarse como referencia y patrón, hasta ahora inamovible, en la perspectiva y el ánimo de quienes diseñan y dirigen las representaciones simbólicas, artísticas y mediáticas.

Por lo demás, esta mujer es motivo de admiración y paradigma a seguir, porque durante muchos años ha enfrentado con firmeza las injusticias y omisiones sin la mínima sombra de rencor o resentimiento. Toda su vida es modelo de amorosa sensibilidad humanista.

El gran ausente

Muchos cubanos compartimos las inquietudes y desgarramientos que han conmovido a Elvira Cervera por tantos años. Es muy lacerante ver filme tras filme, telenovela tras telenovela, que el gran ausente es siempre el afrodescendiente cubano. A pesar de la persistente retórica igualitarista de las autoridades, el cine y la televisión nacionales continúan guiados por los antiguos patrones del más rancio hegemonismo racial, la invisibilización del negro, el menosprecio por los actores no blancos y la banalización esquemática de los aportes y tradiciones de la herencia cultural africana.

Es duro reconocer que, en los medios audiovisuales, los afrodescendientes cubanos son más relegados y desconocidos que en otros ámbitos de participación social. En el cine cubano, la presencia destacada o protagónica del negro ha estado circunscrita a los conocidos «negro metrajes» que abordan la etapa esclavista, en particular la magnífica cinta de Tomás Gutiérrez Alea *La última cena* (1976) y las películas del ahora exiliado Sergio Giral: *El otro Francisco* (1974), *Rancheador* (1975), *Maluala* (1979), *Plácido* (1986)...

Es imprescindible mencionar a la malograda directora Sara Gómez, quien con su memorable película *De cierta manera* (1974) lanzó una mirada profunda y descarnada a la marginalidad habanera, esa zona de nuestra realidad tan poco tratada por la dramaturgia audiovisual de las últimas décadas. Tengo noticias de que en recónditas gavetas de la sede del Instituto Cubano de Arte Industria Cinematográfica (ICAIC) duermen el sueño de los justos varios valiosos trabajos de la recordada realizadora, que constituyen una visión transparente y poco común de nuestra compleja realidad social.

Con la crisis de los noventa, la industria cinematográfica tuvo que acudir a las coproducciones para sobrevivir y de alguna manera se acentuaron determinados esquemas temáticos y expresivos, que afianzaron la presencia marginal y esporádica del afrodescendiente cubano en la pantalla grande.

La televisión nacional reproduce de manera persistente los mismos esquemas y tabúes que desvirtúan el lugar y papel del afrodescendiente en la

historia, la convivencia social y la cultura cubana: ausencia de protagonismo, parejas románticas de afrodescendientes o escenas de relación amorosa interracial se agregan al permanente tratamiento caricaturesco, indigno o degradante, de los personajes de raza negra, en contraste con el tratamiento benévolo o positivo de otros personajes, aunque tengan claros matices negativos.

La visión hegemónico-racista que durante siglos afianzaron las clases dominantes en los espacios de representación simbólica y cultural es un reflejo impuesto del blanqueamiento que soñaron con imprimir a la sociedad. Invisibilizar y denigrar a esa parte fundamental, pero indeseable, en los espacios de expresión y representación cultural (tan importantes en la formación de los referentes de valoración social) ha sido el complemento idóneo para cerrar el ciclo histórico de marginación y exclusión de los afrodescendientes cubanos.

Desde el siglo XIX el llamado teatro bufo (asumido aún por negros y mestizos, a pesar de ser ridiculizados de manera esquemática y denigratoria, como paradigma de la representación artística de las tradiciones nacionales) sentó esos fundamentos conceptuales, hasta ahora inamovibles, que siempre presentan al afrodescendiente cubano

como ser inferior, lleno de banalidades y vacío de cualidades imitables.

A cincuenta años de haberse cambiado, supuestamente, los fundamentos de estructuración social y, sobre todo, el discurso de la elite, podemos ver con dolor, pero sin mucho asombro, como se reproducen con demasiada frecuencia los esquemas que omiten el aporte social e histórico de los negros a la nación y cultura cubanas.

Tantos lustros de retórica igualitaria y emancipatoria no han logrado trasladar a la escena y a la pantalla una visión positiva y equilibrada de ese componente esencial. Con pesar vemos como se mantiene ausente de los espacios dramáticos cinematográficos y televisivos la centenaria historia de luchas, rebeldías, heroísmos, talento y éxitos de muchos afrodescendientes cubanos, quienes con enorme esfuerzo han tratado de abrirse camino por entre la tupida urdimbre de marginación, exclusión y desprecio con que las élites han tratado de garantizar la división social que afiance su hegemonía.

Mucho se ha debatido el tema y muchos han sido los cuestionamientos, pero muy poco varían los esquemas y diseños que tanto desestiman la presencia y aporte de los negros en el desarrollo cultural y social, lo cual reafirma la necesidad de reforzar la demanda cívica e intelectual